

el obispo reputa tambien culpable al acusado, le depondrá canónicamente para que el juez le castigue segun las leyes. No encontrándole convenido, diferirá la degradacion continuando el acusado en su estado. El obispo y el juez en estas circunstancias lo pondrán todo cada uno por su parte en conocimiento del Emperador.

55. Las individualidades jurídicas que hemos descrito pueden arrojar alguna luz en el importante artículo del concurso de las dos jurisdicciones en los procedimientos eclesiásticos. Lo que referiremos nos pondrá en claro la idea que los griegos habian formado y retenian aun de la dignidad del Pontífice romano, y podrá convencernos de que no habian intentado derogarla con lo que habian hecho al fin del concilio de Calcedonia. Respetamos, dice Justiniano, los cuatro concilios como las santas Escrituras; y conforme á sus decretos, queremos que el santísimo Papa de la antigua Roma sea el primero de todos los sacerdotes. No ocupará el primer lugar, sino despues de la santa Sede apostólica, el bienaventurado arzobispo de la nueva ó de Constantinopla.

56. Debe admirarnos sin duda al ver á Justiniano fallar sobre el derecho de entronizacion de los Sumos Pontífices y sobre el de los patriarcas de oriente. La causa es porque este Emperador, Soberano temporal entonces de Roma y de la Italia, ejercia allí el mismo poder de legislacion que en lo restante del imperio. Encargado Belisario de la guerra de los godos como lo habia sido de la de los vándalos, no consiguió

triumfos menos felices y rápidos. Para hacerle mas respetable á los romanos, el Emperador, renovando en ellos las ideas de su antigua grandeza, le habia honrado con el consulado, y aun le habia creado cónsul único: dignidad que para lo futuro abolió de todo punto. Apenas este general se trasladó desde la Sicilia al continente de Italia, cuando todas las ciudades del Abruzo y de la Lucania se le rindieron, siguiendo las de Campania (1). Fortificada Nápoles con una buena guarnicion, intentó resistirse: mas sorprendida por una parte de los sitiadores que se internaron de noche por un aqueducto, padeció todas las calamidades de una ciudad tomada por asalto. Hizo bajar la cerviz á las mejores plazas y á las mas hermosas provincias el terror de este ejemplo.

Teodato aguardó inútilmente contener los progresos de Belisario, fiando el ejército á Vitiges, uno de sus súbditos en quien juzgaba descubrir mas fidelidad, y que á una mediana nobleza unia una gran reputacion de valor. Opinaba el desgraciado Rey poder afianzar para siempre su fidelidad con una elevacion superior á su nacimiento; y no hizo mas que acelerar su propia caida. Proclamaron los godos que acusaban á su Soberano de cobardía en su lugar á Vitiges: y Teodato sabedor de esta nueva se huyó hácia Ravena, siendo asesinado en el camino.

57. No bastó á la defensa de Roma la mudanza del Soberano. Espulsó la guarnicion de los godos esta ilustre ciudad, y se entregó á Belisario, á quien ha-

(1) *Procop. Bell. Goth.*

bia llamado al propio tiempo; de suerte que los romanos entraron por una puerta mientras que por la opuesta huían precipitadamente todos los godos, excepto su nuevo Rey, que prefirió la cautividad al deshonor de la fuga. La ciudad de Roma volvió así sin efusion de sangre al dominio de los Emperadores el día 10 de Diciembre de 536, sesenta años despues de haberla tomado Odoacre, Rey de los herulos y primer Rey de Italia. Afirma el historiador Procopio, que Roma se rindió por los consejos del Papa Silverio.

58. Habia sido elevado este Pontífice á su dignidad en el mes de Junio de este año de 536, esto es, cerca de dos meses despues de la muerte de su predecesor Agapito, tiempo en que la noticia pudo llegar de Constantinopla á Roma. Contribuyó la autoridad del Rey Teodato á la eleccion tanto como los votos del clero, á pesar de que algunos de sus miembros rehusaron al principio reconocer al nuevo Pontífice. No obstante, cuando le vieron ordenado, se sujetaron á él como á su Pastor legítimo. Bien sea pues en virtud de su eleccion, ó bien sea por esta ratificacion unánime, Silverio era sin duda alguna cabeza de la Iglesia, cuando la Emperatriz Teodora intentó substituir en su lugar á Vigilio, diácono de la iglesia romana que habia permanecido en Constantinopla.

59. Háiale sondeado Teodora y juzgado descubrir en Vigilio todas las cualidades convenientes al designio que revolvía en su ánimo (1). Dominaba á este ministro una pasion de elevarse que no respeta-

(1) *Liberat. Breviar. cap. 22.*

ba los intereses mundanos ni celestes; y una audacia capaz de emprenderlo todo estaba acompañada al propio tiempo de bastante dominio sobre sí mismo, y de bastante disimulo para engañar á todos los que fijaban la vista sobre la mas eminente y mas santa dignidad de la Iglesia, y para salvar la apariencia con su regularidad exterior (1). Llamóle la Emperatriz para proponerle con todos los artificios de la seduccion las miras que habia trazado acerca de su persona. Representóle que miraba como una indignidad en la Iglesia, el abandonar el mas distinguido mérito en un grado subalterno: que era necesario justificar este concepto por una grandeza de celo y de valor capaz de sacar vencedora de la ignorancia y de la adulacion á la verdad casi estinguida. Que se trataba de proscribir el concilio de Calcedonia, y unirse para esto y comunicar con los verdaderos obispos de las principales sillas, Antímo de Constantinopla, Teodosio de Alejandría y Severo de Antioquía. Que en este concepto le daría sus órdenes para Belisario y setecientas libras de oro, cuyos medios eran necesarios en las circunstancias presentes para el bien de la Iglesia y para remover sin duda ninguna todas las dificultades. Ocultaba así Teodora el atentado mas odioso y la simonia mas execrable empleada para lograr su designio.

60. Ofreció cuanto se exigía de él el ambicioso Vigilio, y partió al punto á Roma donde encontró á Silverio sentado sin inquietud alguna sobre la Cátedra

(1) *Chron. Marcel. ann. 536.*

de San Pedro. Propusieron á este Pontífice de parte de la Emperatriz el restituir á Antímo á la silla de Constantinopla: aunque sabian bien los autores de esta propuesta, que se negaria á ello Silverio despues de la deposicion tan solemne y tan legítima de aquel patriarca. Ansiaban empero tener un pretesto de que valerse para turbar á Silverio en su pacífica posesion, y tal vez para poner en movimiento á Belisario, que siempre habia respetado la Religion. Pasó Vigilio sin tardanza á visitar á este general en Ravena, donde le entregó las cartas de la Emperatriz; y para disipar mas fácilmente sus escrúpulos, de las setecientas libras de oro le ofreció doscientas. Guardaba con grande economía sus fondos para acudir á todas partes, y en particular para colorear de algun modo su usurpacion, ganando votos en el clero.

61. Este era el estado de las cosas cuando acusaron al Papa Silverio de haber escrito á los godos para entregarles los muros de Roma: acusacion agena de toda verosimilitud. Estaban todos convencidos por el contrario de que por la intervencion del Pontífice, los romanos llamados por la Reina Amalawinta contra el usurpador de los derechos de la soberanía, habian espulsado á los bárbaros de su ciudad; y que el curso ordinario de esta especie de sucesos produjo el que quedase Roma bajo el dominio de aquellos, cuyo auxilio habia implorado. Asegurábase tambien que dos hombres inicuos muy conocidos habian fingido cartas, con las que pretendian probar que era reo de estado Silverio, y afirmaban sus enemigos que las ha-

bia dirigido al Rey Vitiges. Belisario estaba interesado en ser crédulo en esta ocasion, ó á lo menos debia aparentarlo. Llamó sin embargo al Papa á su palacio, donde de acuerdo con su muger Antonina, mucho mejor instruida que él en las maniobras de la Emperatriz, dijo en secreto á Silverio, que solo encontraba un medio de salir de este mal paso; y que para ello era necesario renunciar al concilio de Calcedonia, y autorizar por escrito la creencia contraria. Refirió el Papa á los que le acompañaban al salir del palacio la proposicion que le habian hecho; y despues se retiró á la iglesia de Santa Sabina como á un asilo inviolable. Encontraron á pesar de esto medio de sorprenderle, y le prendieron. Reunió Belisario á la mañana siguiente á los presbíteros, diáconos y á todo el clero romano, y les ordenó que eligiesen otro Papa. Resistíanse unos y mostrábanse otros dudosos, ya porque creyesen en efecto que la potestad real habia tenido la principal parte en la eleccion de Silverio, ó ya mas bien porque corrompidos con el oro de Vigilio, pretestaban de mala fe este motivo especioso. Sea esto lo que fuere, la tentativa salió felizmente, y eligieron á Vigilio el 22 de Noviembre de 537. Escribió entonces Belisario al simoníaco para que le pagase sus doscientas libras de oro, y cumplierse la oferta hecha á la Emperatriz. Espulsaron al Papa Silverio á Pátara, en Licia; cuyo obispo horrorizado á vista de un atentado no cometido hasta entonces por los fieles, marchó á Constantinopla para ponerlo en noticia de Justiniano que ig-

noraba enteramente las órdenes dadas á Belisario por la Emperatriz, y amenazó al Emperador con el juicio del Hijo de Dios ultrajado en su Vicario.

62. Ordenó S. M. que Silverio regresase provisionalmente á Roma, y que se hiciese una informacion jurídica de la conspiracion que se le echaba en cara. Supuesto el caso de que existan pruebas ciertas de ella, habitará cualquiera otra ciudad, mas sin perder nunca la posesion de los derechos del pontificado; y si la acusacion careciese de fundamento, volverá á ocupar el lugar y los honores debidos á su Silla. El diácono Pelagio (segun algunos) á quien Agapito desgraciado siempre en la eleccion de los que honraba con su confianza, habia dejado en calidad de legado suyo en Constantinopla, estorbó con todo su poder que se cumpliese la voluntad del Emperador, y que regresase Silverio á Roma. Mas sean cuales fuesen los autores de tan odiosa trama, no cabe duda sin embargo que egecutaron la orden del Príncipe y que Silverio regresó á Roma.

63. Vigilio no por esto dejó perder el fruto de sus maldades; porque apremiando de nuevo á Belisario le escribió diciendo: „entregadme á Silverio, pues sin esta condicion no estoy obligado á daros lo que os he ofrecido.” Entregaron, pues, á Silverio á la faccion de Vigilio, que le condujo por su orden á la isla de Palmaria, donde fue encerrado con la mayor crueldad. La laudable franqueza con que condenó desde su destierro al profanador de su Cátedra, y las demostraciones del mas profundo respeto que allí le

tributaron los mas dignos obispos, sirvieron únicamente para atraerle unos tratamientos mas indignos. Rayó la crueldad hasta el punto de hacerle perecer de hambre y de miseria; no rápidamente, lo que hubiera hecho dar á sus perseguidores el nombre de verdugos, sino con un artificio pérfido, tanto mas inhumano cuanto mas lo prolongaron. Cuéntase de dos años su pontificado, y por consiguiente su persecucion, que principió pocos meses despues de haber sido electo Papa, y solo finó con su vida el 20 de Junio de 538.

64. Escribió entonces Vigilio en cumplimiento de sus promesas sacrílegas á Teodosio de Alejandria y á los obispos depuestos de Constantinopla y Antioquia, Antímo y Severo; y confesó la misma fe de ellos, con el encargo de que nada divulgasen, sino que por el contrario fingiesen desconfiar de él. Contemporizaba de este modo con el partido de la Emperatriz, para conservarse en la posesion de la santa Sede. Mas ínterin halagaba á los hereges y mostraba en secreto opinar como ellos, profesó públicamente la fe ortodoxa, y dió el testimonio mas auténtico de ello al Emperador. Habia enviado segun la costumbre el patriarca de Constantinopla su profesion de fe al nuevo Papa, quien dudoso sobremanera á vista de la diversa disposicion de los ánimos, no se apresuró á contestarle. Unidas estas tergiversaciones á algunos sordos rumores de su conexion con los cismáticos, hicieron sospechar á Justiniano, quien escribió de tal manera á Vigilio que el Pontífice no pudo escusarse de esponer su creencia.

En su respuesta elogió el celo y la fe del Emperador, declarando que la suya no era otra que la de sus predecesores Celestino, Leon, Hormisdas, Juan y Agapito (1): que recibia con los cuatro concilios la carta de San Leon, y que pronunciaba anatéma contra todos los que creían lo contrario, y en particular contra Severo, Pedro de Apamea, Antímo, Teodosio de Alejandría, y contra el monge Zoara. Añadia, que habiendo sido todos estos novadores condenados de todo punto, no habia juzgado preciso escribir sobre esto á Mennas. A fin de disipar toda sospecha acerca de este punto, escribió finalmente al patriarca en los mismos términos que al Emperador (2). En una palabra, el Papa desde que se le pudo dar con justicia este título, es decir, despues de la muerte de Silverio, no solo se mostró ortodoxo, sino que hizo creer que habia adoptado sentimientos mucho mas dignos que antes, y mas propios del puesto que ocupaba. Afirman algunos autores que renunció el pontificado hasta que se le confriese legítimamente en una nueva eleccion: asercion infundada y enteramente inútil (*). Es constante que cuidó sobremanera de todo lo que creía poder perjudicar á los santos concilios, ostentando á lo menos por intervalos mucho valor y resolucion, y sosteniendo con bas-

(1) *Vigil. epist. 4.* (2) *Id. epist. 5.*

(*) Sea lo que fuere de esto, lo cierto es que por lo menos hubo nuevo reconocimiento. Natal Alejandro que niega la segunda eleccion de resulta de la renuncia, dice: *mortuo Silverio, Vigilus legitimis comitiis Pontifex renuntiatus est. Sæc. VI.*

tante constancia una persecucion mirada como un castigo de su primera conducta (*).

65. Vengó el Señor en Belisario el enorme atentado cometido contra la Cabeza de su Iglesia. Habíase constituido instrumento de las pasiones ajenas á pesar de sus luces, de los remordimientos de su conciencia y de su magnanimidad natural; y mientras que los godos arrianos respetaban religiosamente la iglesia

(*) Una prueba del celo de Vigilio, ya legítimo Pontífice, tenemos en la epístola decretal que escribió á Profuturo, arzobispo de Braga, con la data de 29 de Junio del año 538. Responde en ella el Papa á la que le habia dirigido el prelado bracarense consultando á S. S. acerca de algunos puntos concernientes á la fe y á la disciplina. En el primero de los siete capítulos en que se ve dividida esta carta, trata el Sumo Pontífice contra los priscilianistas: en el segundo habla contra los que no invocan con las debidas palabras las tres Personas de la Santísima Trinidad: en el tercero contra los arrianos rebaptizantes: en el cuarto espone el modo en que se deben consagrar de nuevo las iglesias que hubieren sido profanadas ó destruidas. El quinto es sobre el dia en que se debe celebrar la pascua, y sobre el orden de las colectas y celebracion de la misa. El sexto dice así: «Si algun obispo ó presbítero no bautizare, segun el precepto del Señor, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, sino que lo hiciere en nombre de una sola Persona, ó de dos, ó de tres Padres, ó tres Hijos, ó tres Paracletos, sea arrojado de la Iglesia de Dios.» Finalmente, en el séptimo demuestra el primado de la iglesia Romana, llamándola fundamento, madre y maestra de todas las iglesias; y dice que se deben llevar á la Silla de Pedro los juicios de los obispos y todas las causas mayores. En la inscripcion de esta epístola se leía antes el nombre de Eleuterio obispo, pero está demostrado que fue dirigida á Profuturo. Véase el tom. 2. de la coleccion de Aguirre.

de San Pedro , fundada fuera de los muros de Roma que tenian sitiada , él habia tratado al sucesor con una cruel impiedad. Brillaron pronto los efectos de la venganza divina. Hizo levantar el sitio de Roma el general romano , y aun marchó á sitiar á Vitiges en Ravena : persuadió á este Príncipe á que se rindiese , y le envió á Constantinopla donde pasó del estado de Rey al de patricio. Estos acontecimientos tan prodigiosos por su importancia y por su rapidéz , solo se los concedia el Árbitro Supremo de nuestras fortunas y de nuestras desgracias , para que contrastasen mas á las claras con la humilde bajeza de sus últimos años.

66. Cuando los godos supieron la cautividad de Vitiges , eligieron sucesivamente muchos Reyes que no les agradaron , y finalmente á Tótila , que restableció sus fuerzas. Belisario habia partido ya de Italia por este tiempo á causa de las sospechas sugeridas á Justiniano , de que su general ansiaba tal vez hacerse Emperador de occidente. Hízole marchar contra los persas , que conducidos por su Rey Cosroas causaban los mas espantosos estragos en Mesopotamia y Siria. Antioquía , despues de otras muchas plazas , fue tomada por asalto y arruinada de tal suerte , que habiéndola reedificado Justiniano mas adelante no pudo restituirla su primer lustre ni su primitiva grandeza. No correspondió Belisario á las grandes ideas que de él se habian concebido : lo mas digno de nota que hizo en oriente fue apoderarse de un puesto que le abria un campo ventajoso. Mas perdióle casi al punto , y los persas avanzaron por todas partes con una

audacia insolente , mientras que un triste y cobarde terror parecia haber debilitado á los romanos que se dejaron derrotar poco á poco , y perdieron las dos terceras partes de su egército en inaccion ignominiosa (1).

No presentaban los asuntos mejor aspecto en Italia. Mandó el Emperador volver á Belisario á aquel teatro tan glorioso poco antes para este guerrero ; mas ya no era el mismo hombre , ó le habia abandonado la fortuna. Recobró Tótila á Ravena casi á vista de este famoso capitán , y se apoderó de Roma por asalto. En otro tiempo su prosperidad habia despertado las sospechas en el ánimo del Príncipe , y sus reveses se achacaban ahora tambien á crimen , poniendo colmo á su desgracia las intrigas de la corte. Abandonáronle en Italia por espacio de cinco años consecutivos sin enviarle ni tropas ni dinero. Consumió lo que tenia sin emprender nada , y vióse obligado á regresar á Constantinopla con los infelices restos de un egército , que en lugar de admiracion movia la compasion univérsal. Aumentó mas las sospechas del Emperador la conmiseracion de los ciudadanos , por lo que le despojó de todos sus empleos , y le entregó en su vejez á los horrores de la indigencia , lo que pareceria increíble si cupiese en ello la menor duda. Sin embargo , no debe darse crédito á las relaciones novelescas mas que históricas que han compuesto diferentes autores.

67. Dominaba entonces á Justiniano una pasion

(1) *Procop. de bell. pers. lib. 2.*

mas fuerte que nunca de intervenir en los asuntos de la Religion. Apenas tuvieron fin los negocios de los acéfalos, cuando emprendió á los origenistas. Habíanse arraigado fuertemente sus dogmas tan extravagantes como heréticos á la sombra de la calma y de la ociosidad en las cabezas débiles, y en las imagines exaltadas de los falsos contemplativos. Muchos monges de profesion en vida de San Sabas se habian preocupado á favor de estos errores antiguos, á los que se daba un aspecto de novedad reproduciéndolos bajo de nuevas formas. Estorbó el respeto del santo abad que se propagasen durante su vida; mas despues de su muerte no guardaron miramiento alguno.

68. Dividió la fermentacion de tal modo los ánimos entre los monges de diversas comunidades, que los de la pequeña laura edificada últimamente por San Sabas, y muy inficionada del origenismo, resolvieron destruir la grande, de donde acababan de ser espulsados muy cerca de cuarenta de estos perturbadores (1). Armáronse llenos de furor y de precipitacion todos juntos de estacas y palancas, llevando consigo tropas auxiliares de paisanos, y marchando á la laura grande como á una ciudadela con el desigmo de no dejar piedra sobre piedra. Mas aunque sucedia esto á la mitad del dia, se vieron envueltos en una niebla tan espesa, que no veían el camino, y andando extraviados todo aquel dia y el siguiente reconocieron á la mañana inmediata que estaban cerca

(1) *Vit. S. Sab. pag. 365.*

de otra habitacion de solitarios: incidente que atribuyeron á milagro y á las oraciones de San Sabas, que de este modo salvaba la escuela del furor de sus mismos discípulos. El Emperador irritado en estremo, decretó la ruina de los origenistas, y compuso una larga declaracion en la que refiere los errores atribuidos á Orígenes para hacerlos proscibir severamente.

69. Por esta conocemos que la mayor parte consistia en negar la eternidad de las penas del infierno. Transcurrido algun tiempo, segun los origenistas, debia tener fin el castigo de todos los malos espíritus, tanto hombres como demonios; pues decian que Jesucristo seria crucificado por los demonios, como lo habia sido por los hombres (1). Todas las inteligencias serian restablecidas por último en su primer estado de espíritus puros. Siguiendo este sistema, las substancias racionales y particularmente las almas humanas preexistentes á sus cuerpos, habian sido encerradas en ellos como en prisiones, por haberse disgustado de la contemplacion divina y haberse inclinado al mal. Añadian, que la misma alma de Jesucristo existia antes de ser unida al Verbo; así como su cuerpo antes de su union con su alma y con el Verbo habia sido formado en el seno de la Virgen. Pronunciaban mil blasfemias manifiestas acerca de la naturaleza y poder infinito de Dios, negando la perfecta igualdad de las Personas divinas, y estableciendo una especie de proporcion aritmética del hombre al Hijo de Dios y del Hijo de Dios á su Padre. Concretaban la

(1) *Tom. 4. Concilior. pag. 365. et seq.*